



Aviso Legal

Artículo de divulgación

Título de la obra: La sociedad mexicana frente al Tercer Milenio

Autor: Barnés de Castro, Francisco

Forma sugerida de citar: Barnés, F. (1999). La sociedad mexicana frente al Tercer Milenio. *Cuadernos Americanos*, 1(73), 16-20.

Publicado en la revista:

Datos de la revista: *Cuadernos Americanos*

ISSN: 0185-156X

Nueva Época, año XIII, núm. 73, (enero-febrero de 1999).

Los derechos patrimoniales del artículo pertenecen a la Universidad Nacional Autónoma de México. Excepto donde se indique lo contrario, este artículo en su versión digital está bajo una licencia Creative Commons Atribución-No comercial-Sin derivados 4.0 Internacional (CC BY-NC-ND 4.0 Internacional). <https://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/4.0/legalcode.es>



D.R. © 2021 Universidad Nacional Autónoma de México. Ciudad Universitaria, Alcaldía Coyoacán, C. P. 04510, México, Ciudad de México.

Centro de Investigación sobre América Latina y el Caribe Piso 8 Torre II de Humanidades, Ciudad Universitaria, C.P. 04510, Ciudad de México. <https://cialc.unam.mx/>
Correo electrónico: betan@unam.mx

Con la licencia:



Usted es libre de:

- ✓ Compartir: copiar y redistribuir el material en cualquier medio o formato.

Bajo los siguientes términos:

- ✓ Atribución: usted debe dar crédito de manera adecuada, brindar un enlace a la licencia, e indicar si se han realizado cambios. Puede hacerlo en cualquier forma razonable, pero no de forma tal que sugiera que usted o su uso tienen el apoyo de la licenciante.

- ✓ No comercial: usted no puede hacer uso del material con propósitos comerciales.

- ✓ Sin derivados: si remezcla, transforma o crea a partir del material, no podrá distribuir el material modificado.

Esto es un resumen fácilmente legible del texto legal de la licencia completa disponible en:

<https://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/4.0/legalcode.es>

En los casos que sea usada la presente obra, deben respetarse los términos especificados en esta licencia.

La sociedad mexicana frente al Tercer Milenio

Por *Francisco BARNÉS DE CASTRO*
Rector, Universidad Nacional Autónoma de México

EL TIEMPO HUMANO no sólo transcurre sino también significa. Los hombres dotamos de sentido al puro suceder, de modo que adquiere una dimensión nueva que se añade a la meramente física. Por ello, al final de este siglo, que coincide con el de un milenio, por todo el mundo se advierte la necesidad de valorar, de hacer un balance que ponga en claro los logros alcanzados; que deje a la vista el acervo con que contamos para enfrentar el próximo. Pero a la vez que volvemos la mirada hacia el pasado, la proyectamos hacia el porvenir, intentando ver lo que todavía no es, pero cuyos gérgmenes creemos descubrir en lo ya vivido y hecho.

Así, al término de un periodo, un afán anticipador acompaña a la necesidad de realizar una suerte de arqueo, de modo que pasado y porvenir adquieren la dimensión y el significado que les otorga quien valora y desea, quien busca sentido en el suceder del tiempo. Así, no es éste sino el hombre el que se ubica en el centro de las reflexiones finiseculares; es del hombre de quien se habla también en el anuncio del nuevo siglo; de sus logros y de sus insuficiencias, de sus afanes y esperanzas.

Al concluir el primer milenio, el imaginario popular, nutrido por varios siglos de predicación con fuertes tonos apocalípticos, concebía ese tiempo como el escenario del pecado original, como la prolongada expresión de la radical insuficiencia de la condición humana y del mundo.

Después de la caída primigenia de Adán y Eva, el hombre y el mundo se habían pervertido, y así continuarían hasta el segundo advenimiento del Salvador, hasta los días del Juicio Final. Ni el mundo ni el tiempo reales podían compararse en significación con la eternidad y el trasmundo que se instaurarían a partir de entonces.

Aunque sin fecha fija, el hombre medieval, agobiado por el trabajo rudo y en un mundo azotado por el hambre y las pestes, barruntaba con terror el fin de los tiempos del que se hablaba desde hacía siglos, como lo muestran estas palabras de san Ambrosio,

escritas en el año 386: “Marchamos hacia la disolución de los tiempos, y ciertas enfermedades no hacen más que anunciar el fin que se avecina”. Sin embargo, el cristiano, a la vez que vivía el espanto del “milenario”, como se designaba a las visiones apocalípticas de la época, movido por la fe, esperaba la entronización de lo divino en ese no tiempo que es la eternidad, y por ello mismo imaginaba la inminente cancelación del futuro humano en la tierra.

Hay que añadir que el mundo que esperaba el fin de los tiempos, particularmente en el periodo de tránsito de milenios, era una Europa pequeña, acotada entre los límites de los antiguos territorios gobernados por Carlomagno, a los cuales se sumaron los de la Cristiandad latina.

Para los pueblos no cristianos de Europa, como los musulmanes de España o los vikingos del norte, carecía de sentido el anuncio del fin de los tiempos, pues otra era su cultura y otro su calendario. Sin embargo, parece ser una constante universal la idea de una historia según la cual hay periodos de destrucción seguidos de un proceso de fortalecimiento y renovación. Entre los pueblos prehispánicos, cabe recordar que los aztecas vivían la angustia de la extinción y reaparición del fuego cada 52 años.

Hoy, más que el dramatismo del fin de los tiempos experimentado por el hombre medieval, priva la confianza en el porvenir. El año 2000 adquiere un significado simbólico, de modo que un ímpetu revitalizador recorre el planeta, el cual se acerca a la universalidad que pretendía el mundo cristiano antiguo, pues el nuestro, cada vez más entrelazado por los avances de la comunicación y los efectos de la globalización, rebasa los límites de un continente, de una cultura, de una raza.

La esperanza es el sentimiento que prevalece en la aurora del tercer milenio, pues emprendemos con ánimo resuelto el camino de la superación del pasado. Creemos que este mundo puede ser mejorado y que a lo largo de la historia, por lo menos en ciertas áreas, ha habido un efectivo progreso. El pasado no sólo muestra nuestros errores y limitaciones, sino también espléndidos frutos. A diferencia del hombre medieval, confiados vivimos la certeza de que habrá un tercer milenio, y que éste será tan próspero o limitado como nosotros mismos nos lo propongamos, como nuestra inteligencia y creatividad lo determinen.

El desarrollo de la ciencia ha sido excepcional, al punto que lo que hasta hace unos años era producto de la imaginación hoy es parte de la vida cotidiana. Pero también es cierto que mil años más

de civilización no nos han sido suficientes para eliminar las guerras, cancelar la miseria y crear para todos los seres humanos condiciones dignas de vida. Si un hombre del año 1000 llegara de pronto a nuestra sociedad, los conocimientos actuales acerca del mundo natural le serían difícilmente asequibles; sin embargo, infortunadamente, no le serían del todo extraños algunos fenómenos sociales y conductas contemporáneos.

Por otro lado, si bien la tecnología ha generado productos extraordinariamente útiles, que han modificado positivamente la faz de la tierra, al propio tiempo ha ampliado la brecha entre hombres y sociedades ricas y pobres, y, en ocasiones, ha sido usada para la destrucción del hombre y de la naturaleza. Hoy sabemos cómo enviar naves tripuladas al espacio, pero no hemos logrado crear condiciones de bienestar generalizado. Nunca como ahora hemos acumulado tantos conocimientos, y también nunca en el pasado ha habido más miseria que ahora.

A diferencia del hombre que vivió el tránsito al segundo milenio, en éste sabemos que no estamos de antemano condenados ni a la destrucción del mundo ni a la cancelación del futuro, a la miseria o a la injusticia, a la enfermedad o a la ignorancia. Tendremos el mundo que queramos construir, el cual será síntesis del que hemos ido forjando desde el inicio de los tiempos y de los proyectos que definamos para el porvenir. De ahí la importancia de buscar, a la vez, el significado del pasado y el sentido que podemos atribuir al futuro. Librados a nuestras propias fuerzas, el tercer milenio aparece como el escenario de todas las posibilidades, el horizonte en que desplegaremos inteligencia y creatividad o bien en el que veremos un episodio más de la guerra del hombre contra el hombre.

El próximo siglo será el tiempo en que daremos término a algunos proyectos inconclusos y generaremos otros, en un movimiento de incesante progreso, o bien asistiremos a la última escena del drama que tiene como eje la destrucción de la naturaleza y, por ende, de la humanidad. El futuro depende de nosotros mismos, de la conducta que asumamos como individuos y como sociedad frente a las condiciones de hoy y los retos del mañana.

Por ello, considero de la mayor relevancia la decisión de las entidades académicas agrupadas en torno a la Coordinación de Humanidades, con el propósito de contribuir a delinear el escenario de la sociedad mexicana frente al tercer milenio. Es una responsabilidad de la Universidad hacerlo, en virtud de su definición

como espacio de conocimiento, de análisis y reflexión; constituye también un imperativo, tratándose de la Universidad Nacional. Para dar amplio cumplimiento a los fines de la institución y respuesta a su misión, la Universidad creará una Comisión del Tercer Milenio, encargada de coordinar los múltiples esfuerzos y actividades que realizaremos en ocasión de ese momento simbólico.

Los retos que deberá enfrentar la sociedad mexicana en el próximo milenio son mayores que los de otras, pues nuestro país se encuentra desgarrado por las exigencias de las naciones desarrolladas y, al mismo tiempo, por las necesidades propias del subdesarrollo. Si bien México se ubica entre las 25 naciones más desarrolladas del mundo, ocupa el último puesto entre ellas por lo que hace a ingreso per cápita, expectativas de vida, analfabetismo y mortalidad infantil. En el contexto mundial, México está en el quincuagésimo sitio, de acuerdo con el índice de desarrollo humano de las Naciones Unidas, el cual considera aspectos tales como calidad de vida, salud, educación y otras variables. En 1996, el país fue el primero de Latinoamérica en el renglón de comercio exterior, lo cual da cuenta de su integración en el mercado global, pero entre 1981 y 1995 quedó clasificado a la zaga del conjunto latinoamericano de naciones por el crecimiento de su producto interno bruto.

De esta suerte, México tiene que responder a los retos que plantea la globalización y, a la vez, restablecer la unidad nacional, incorporando en igualdad de derechos a todos sus habitantes, incluida su población indígena; debe mantenerse en las fronteras del conocimiento para poder competir en un mundo en que ése es el recurso más valioso y también ha de procurar educación elemental, salud y desarrollo a amplios grupos sociales. Ha de buscar inscribirse con éxito en el contexto de las naciones más poderosas, mediante su participación en amplios bloques comerciales, y dotar de trabajo digno a una población en crecimiento.

Mientras que los países desarrollados discuten las consecuencias que tendrá el escaso crecimiento de su población en el siglo XXI, y su consecuente envejecimiento, las naciones subdesarrolladas, entre ellas la nuestra, procuran disminuir la tasa de natalidad y también reducir la mortalidad infantil, comparativamente mucho más elevada que en aquéllos. Así pues, nuestros retos son los de los países desarrollados, los que la globalización nos transmite, y los que plantean nuestra realidad y nuestra historia. De ahí la exigencia de reflexionar acerca del futuro que queremos construir

para la sociedad mexicana; de aquí también la importancia de esta Comisión para el Tercer Milenio.

En particular, los académicos del área de humanidades habrán de hacer contribuciones significativas para definir qué sociedad queremos, cuáles han de ser los proyectos prioritarios de la Nación, no sólo de un grupo o sector; cuáles los valores que deben privar en su construcción; cómo insertarnos en un mundo caracterizado por una globalización creciente en el cual debemos competir y, al mismo tiempo, cómo evitar el deterioro del tejido social por la creciente pobreza extrema; cómo incrementar la producción de bienes y servicios, sin menoscabo de la naturaleza; qué tipo de hombres y mujeres deberemos contribuir a forjar mediante la educación; cuál es el proyecto cultural de un país multiétnico, inmerso en un mundo global.

La temática de esta Comisión para el Tercer Milenio y la altísima calidad de quienes van a participar en ella aseguran una muy valiosa contribución al análisis de cuestiones fundamentales para nuestra sociedad. Sin duda, en otros lugares del mundo también se están dando reflexiones análogas con motivo del advenimiento del próximo milenio. Sin embargo, ello no nos exime de la responsabilidad de abordar, desde nuestra perspectiva y a partir de nuestra propia circunstancia, los problemas comunes y, desde luego, de encarar con rigor y conocimiento, los propios, pues si nosotros no lo hacemos, nadie va a hacerlo por nosotros. Por ello, en el centenario de su nacimiento, es preciso hacer nuestro el proyecto que Bertolt Brecht sintetizara en estos términos: instituir la costumbre de reflexionar con métodos nuevos en cada situación nueva.

Deseo mucho éxito a quienes participan en esta Comisión para el Tercer Milenio y felicito calurosamente a sus organizadores. Al término de la reunión quedará de manifiesto, una vez más, que las contribuciones de las humanidades, al igual que las de las ciencias, son fundamentales no sólo para la Universidad sino también para toda la sociedad. Tal vez al inicio del próximo milenio veamos, al fin, la reunión de la formación científica y humanística en cada hombre y mujer, de modo que sea realidad la utopía que concilie los intereses individuales con los colectivos, la felicidad y el bienestar personal con equidad y justicia para todos.